

AÑO III

Revista ilustrada Hispano-Americana.

Núm. 114

SUSCRICIÓN PENÍNSULA

	Directa.	Por comisionado.
Tres meses..... pesetas	3	3,50
Seis meses..... "	6	7,00
Un año..... "	12	14,00

Número corriente, 25 cénts. Atrasado, 50.

Madrid 9 de Marzo de 1890.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CLAUDIO COELLO, 13, MADRID

Teléfono núm. 2205.

SUSCRICIÓN AMÉRICA

Cuba y Puerto Rico, seis meses. 3 pesos 60 centavos oro
un año.... 5 " 30 "
NÚMERO SUELTO: Un real fuerte.
Filipinas, un año..... 6 pesos fuertes.
En los Estados de América fijarán el precio los señores Corresponsales.

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Carnet de la Moda, por Clementina.—Explicación de los grabados.—Labores.—Conocimientos útiles: los espejos, por doña María Teresa Lallave.—Los millones, por Julio Claretie (continuación).—Amalia Paoli, por Juan de Madrid.—A la luz de la lámpara, por El Abate.—Explicación del figurín-acuarela.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—Recetas de la mujer casera.—Advertencia.—Memento.—Anuncios.

Crónica de la Moda.

El Arte, la Industria y el Comercio, tan castigados en la primera parte del invierno, recuperarán lo perdido en la ya próxima Primavera.

Como si las ilustres damas parisienses, y las extranjeras que residen en París, quisieran protestar contra la famosa liga de la Economía, de que hablé en mi anterior Crónica, han decidido cumplir durante el día los deberes religiosos que impone la Cuaresma, y por la noche celebrar suntuosas recepciones, donde se lucirán los primores y magnificencias de la moda, lo que, como comprenden las lectoras, representa para artistas, industriales, comerciantes y operarios, el bienestar que juzgaban perdido.

París quiere dar una lección a Berlín. Las damas alemanas la aceptarán con mucho gusto, porque gracias al lujo que se proponen desplegar las parisienses, la Moda aguzará su siempre fecunda imaginación y las económicas, como las llaman por aquí con algo de ironía, dejarán de serlo para lucir las galas que no desdennamos las hijas de Eva sin hacer un verdadero sacrificio.

La princesa Constantina Gorschakow, hija del último hospodar de Valaquia, ha inaugurado las grandes



NÚM. 1.—TRAJE DE RECIBIR PARA SEÑORITA

NÚM. 2.—TRAJE DE RECIBIR PARA SEÑORA

fiestas que van á indemnizarnos de las pasadas privaciones. La fortuna personal de esta ilustre dama se calcula en cincuenta millones de francos. Bien puede convertir parte de su pingüe renta en tributo al trabajo y al talento. Habita en el aristocrático *faubourg* de Saint-Germain, el palacio que hospedó durante el primer Imperio al príncipe Eugenio de Beauharnais. Este palacio, que es una maravilla, parece, por su estilo, de la época de Luis XIV. El jardín es un verdadero parque, con alamedas frondosísimas en la Primavera y el Estío, fuentes de mármol, cascadas, estatuas y grandiosos invernaderos.

La Princesa se propone reunir á sus escogidos amigos dos veces al mes hasta mediados de Junio, y en una de las próximas recepciones ofrecerá un espectáculo del que se habla como de una esperanza en los círculos aristocráticos. Se trata de una gran linterna mágica que exhibirá figuras y paisajes ejecutados por los más célebres pintores, al mismo tiempo que la explicación de estos paisajes y estas figuras, hechas en verso y en prosa por los más distinguidos literatos, será recitada por las actrices y actores más en boga.

En la primera recepción, que honró con su presencia la señora del presidente de la República, Mad. Carnot, lucía bajo un transparente color maíz, un traje de encaje *Chantilly*, de un mérito y una riqueza admirables. Este traje, de forma Princesa, aparecía ceñido al talle por un cinturón de ancha cinta de moaré maíz con vivos de terciopelo negro. Pero lo que más llamó la atención fué el adorno que ostentaba en el peinado y en el pechero. Consistía éste en preciosos camafeos, unidos entre sí por afiligranadas cadenillas de oro. La diadema, compuesta de ocho diminutos camafeos formando dos hilos, el

AÑO III.—NÚM. 114.

primero en la parte superior del peinado, y el segundo más bajo, á manera de *ferrière*, causó un efecto prodigioso, lo cual se explica si se recuerda que los camafeos vivían desde hace tiempo relegados en el olvido. Pero bastó su aparición en la simpática cabeza de la esposa del Jefe del Estado para conquistar el aprecio de las damas y volver á su antiguo apogeo. Las joyerías han tenido que apresurarse á fabricar la nueva joya, y las señoras han registrado los olvidados cajones de sus cómodas y armarios para buscar los camafeos que ostentaron sus bisabuelas.

Otro de los tocados que constituyen la última novedad, la suprema elegancia, es la *corona Maria Stuart*, que se coloca un poco hacia atrás, sobre la parte superior de la cabeza. Las jóvenes ostentan esta linda corona formada con flores naturales y alguna que otra chispa de brillantes, figurando rocío. Las señoras cambian las flores naturales por flores admirablemente imitadas en pedrería.

Para los trajes de baile se sustituye en la actualidad el tul, demasiado frágil, con la muselina; por supuesto, muselina de seda matizada de florecillas de aplicación sin follaje.

En la fiesta de la princesa Gorschakow, llevaba una señorita un traje que produjo gran efecto. Era de muselina blanca, finamente rayada de raso blanco.

En cada paño aparecía cosida á lo largo una cinta de raso, y en ella se veía una verdadera lluvia de jazmines; hom-

bras formadas por preciosos ramos de jazmines, y el cuerpo, escotado en redondo, estaba orlado de una guirnalda de la misma flor.

También fué muy comentado un traje de crespón rosa pálido, sembrado de perlititas de plata. Corsete de moaré plata con numerosos lacitos de crespón, y entre ellos rosas eglantinas. Como tocado, un penacho de rosas y un lazo de cinta de moaré plata.

Nada más encantador que estos dos trajes, sirviendo de marco á la belleza de los albores de la juventud.

Otra novedad:

Los guantes, que nunca han gozado de más apogeo que en los tiempos actuales, se perfuman. Cada señora elige un aroma que caracteriza su gusto, y hasta da una idea de su delicadeza y distinción. Estos perfumes no deben ser muy fuertes; algo así como el que despiden la violeta y el heliotropo.

Esta moda se ha generalizado con rapidez y ya se venden guantes perfumados; pero lo general es que cada señora perfume los suyos á su gusto para lo cual, se ha puesto á la venta en las perfumerías todos los aromas que pueden desearse.

Cada día es mayor el lujo y la magnificencia que se despliegan en esas infinitas y preciosas prendas de uso interior que comprende la rúbrica *Ropa blanca*. Con este motivo, los aficionados á investigaciones históricas han recogido y publicado infinidad de datos curiosísimos, que no desagradará conocer á mis estimadísimas lectoras.

En los comienzos de la Edad Media, para poseer alguna ropa blanca era preciso tener gran fortuna. El famoso emperador Carlo Magno, según las crónicas de su tiempo,

contaba en su guardarropa, como objetos de lujo, dos sábanas, dos manteles y media docena de pañuelos de bolsillo.

La reina Isabel de Baviera, tan célebre por su desenfadada afición al lujo, no tenía más que dos camisas de lino, y sus contemporáneos la acusaban por esto de una ruinosa prodigalidad.

Otra Reina del mismo nombre, pero más conocida por el da Elisabeth, fué la primera que usó medias hechas á mano con agujas. Las señoras más ricas de su tiempo las llevaban de paño, á manera de polainas.

Estos datos, que parecerán exagerados, se explican, sin embargo, al saber que en los siglos primeros de la Era Cristiana costaba una vara de algodón ó de hilo unas veinte ó veinticinco pesetas en la moneda de aquellos tiempos que no quiero llamar felices.

La ropa interior fué en los siglos XVII y XVIII el encanto de las mujeres caseras; y esta afición, que marca un verdadero progreso en las costumbres, la transmitieron á las mujeres del siglo actual.

El arte ha convertido la ropa blanca en objetos de verdadero lujo, y hoy admiran las prendas interiores que usan las señoras de gusto delicado.

Por fortuna, hasta las clases más pobres rinden hoy homenaje á esta costumbre, y todo hace creer que la baratura de las telas, el adelanto en la hechura y hasta las imitaciones

que se hacen para facilitar el adorno, contribuirán á generalizar en todas partes la ropa interior, encanto y orgullo de la hermosa mitad del género humano.

BLANCA VALMONT.

Carnet de la Moda.

Los bordados, de todas las clases y formas imaginables siguen siendo—y serán durante un tiempo indefinido—los principales elementos del adorno. Fijándonos en los modelos de trajes para visita y paseo que se encuentran en la plana del centro de este número, puede juzgarse la verdad de mi aserto y apreciar la elegancia que los bordados prestan á las prendas que los lucen.

En la primera plana aparecen dos modelos de trajes para recibir, de encantadora sencillez.

Las capotas y sombreros de Primavera empiezan á mostrarse en los escaparates, aunque con cierta timidez todavía. Los modelos son todos en extremo elegantes, y en los adornos no cabe mayor gusto y perfección.

Citaré algunos sombreros, copiados del escaparate de una de las más afamadas tiendas de modas de París, para que puedan formar su opinión mis apreciables lectoras acerca de tan interesante asunto.

Figura en primer término un sombrero redondo. El ala, bastante ancha, es de finísimo encaje negro, menudamente rizado. Un grupo de cocas de terciopelo rosa pálido, enlazadas con lustras plumas negras, forman al mismo tiempo la copa y el adorno de este elegante sombrero. A su lado, llama la atención con sus atractivos un distinguido sombrero para alivio de luto. El ala, de tul negro abullonado, ostenta como adorno una guirnalda de dobles violetas, colocada en caprichosas ondas, y un lazo de tul negro, prendido con un grupito de violetas.

En el centro del escaparate lucía su aérea belleza un caprichoso sombrero para teatro. La copa, de gasa de seda de un tono azul muy pálido, forma gruesos abullonados, sujetos en el centro con una aplicación de fino encaje de plata, y el ala, graciosamente ondulada, es de encaje de plata. El adorno consiste en dos magníficas plumas amazónicas de un tono azulina con reflejos de plata, que rodean la copa y se cruzan en la parte de detrás del sombrero.

Dos monísimas capotas completan este agradable conjunto. La primera, formada por capullos de rosa, tenía por todo adorno una diadema de hojas de rosal con rocío de brillantes. La segunda, de terciopelo blanco bordado de oro, se adornaba con insectos de pedrería.

Modelo de chaqueta última novedad, recomendable por su severa elegancia. Es de paño iris, especie de violeta azulado. El fondo de la chaqueta desaparece bajo multitud de arabescos hechos con fina trencilla de seda negra. Las mangas son de seda iris y están cubiertas por segundas mangas de *guipure* Médico negro. Esta chaqueta, muy entallada, se cierra por medio de broches interiores.

Señalaré como una de las más lindas fantasías ideadas por la Moda, las flores de aplicación de encaje recortadas de las antiguas y ricas blondas negras ó blancas. Estas flores se siembran sobre un fondo de seda, sueltas ó en graciosos grupos, y se sujetan por medio de menudos puntos hechos con hilillo de oro ó plata, lo que contribuye á realzar la riqueza y distinción de este adorno.

La manera de cerrar los cuerpos complicados es una de las dificultades más serias que se presentan á las señoras aficionadas á hacer sus trajes. En su obsequio daré algunas noticias prácticas, que seguramente han de serles de alguna utilidad. Sea cual fuere la forma del cuerpo, la base principal es siempre el forro. Los delanteros de éste se ajustan y se cierran en el centro como los de un cuerpo sencillo, y sobre él se colocan draperías, *plastrones*, pliegues al través, etc. Todo cuanto idea la Moda se sujeta sobre el forro por medio de pequeños broches, colocados sin simetría en los sitios que son necesarios. Los cuerpos sin pinzas, que modelan el cuerpo con tanta perfección, se cierran en los costados de un modo visible ó disimulado por el adorno. Las mangas se cosen en parte, y en parte se sujetan con broches interiores.

Manguitos de Primavera.

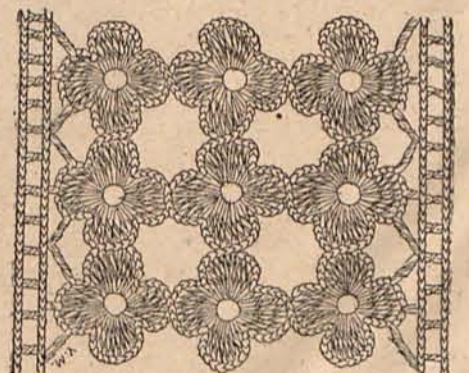
Sí, señoras; manguitos. Los que llevan este nombre se forman con crespón de la China, abullonado ó rizado, de tonos que armonicen con los del sombrero. Se adornan con lazos de cinta, escarolados de encaje, aplicaciones de pasamanería y ramitos de flores naturales, prendidos en la parte de encima del manguito.

La moda de colocar los preciosos y diminutos relojes en los sitios más visibles, se extiende con maravillosa rapidez. La novedad del momento consiste en suspender el reloj por medio de una pequeña cadena del rico y elegante alfiler que cierra el escote. También se coloca en el puño de los antucos y sombrillas, y en el varillaje de los abanicos.

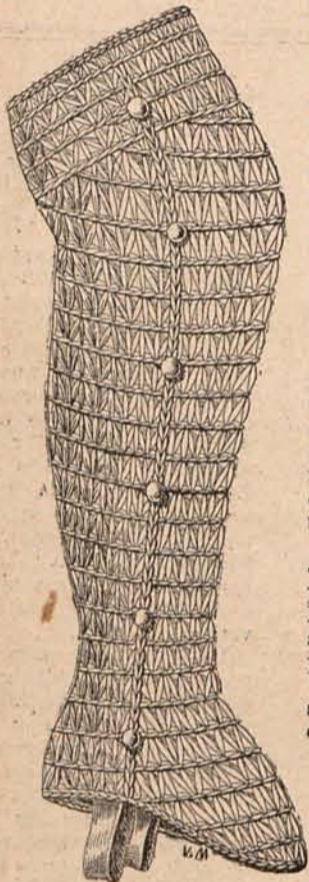
CLEMENTINA.

Explicación de los grabados.

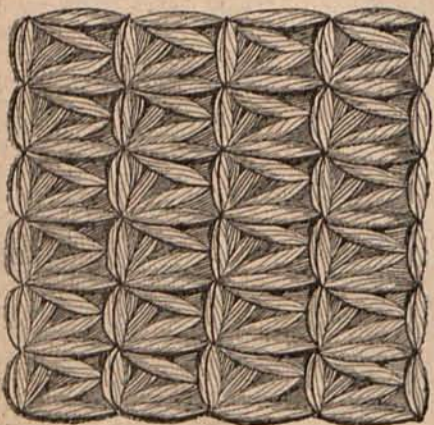
Núm. 1. **Traje de recibir para señorita.**—Es de cachemir azul japonés. Cuespo corto formando punta, sumamente entallado y cerrado por doble fila de botoncitos de acero. Mangas lisas, adornadas en la parte de encima con una fila de botoncitos de acero. Falda drapeada en el delantero y plegada en la parte



Núm. 6.—FONDO DEL CANESÚ NÚM. 7



Núm. 4.—POLAINA AL CROCHET



Núm. 5.—DETALLE DE LA POLAINA NÚM. 4 (Tamaño natural.)

de detrás. Los costados de la falda se guarnecen con filas de botoncitos de acero. Tela necesaria: 10 metros de cachemir, doble ancho.

Núm. 2. **Traje de recibir para señora.**—Cuerpo corto de terciopelo verde, muy abierto sobre un ancho *plastrón* drapeado de cachemir verde oscuro. Cuello alto de terciopelo. Mangas de terciopelo con carteras de cachemir. Falda de terciopelo, semicubierta por una túnica de cachemir, recta por detrás, drapeada delante y sujeta en el costado bajo una aplicación de pasamanería. Tela necesaria: 4 metros de cachemir, doble ancho, y 9 de terciopelo.

Números 3, 4, 5, 6, 7, 9 y 13. (Véase *Labores*.)

Núm. 8. **Traje para teatro.**—De seda brochada y encaje. Cuerpo corto, abierto sobre una camiseta de encaje, colocada sobre un transparente de seda. Mangas huecas, con vuelos de encaje. Falda de encaje sobre transparente de seda. Anchas palas de seda brochada cubren los costados. Túnica recta de seda brochada formando media cola. Capota de terciopelo, adornada con un escarolado de encaje. Tela necesaria: 13 metros de seda brochada y 4 de encaje, doble ancho.

Núm. 10. **Traje para visita.**—Cuerpo-coraza de cachemir violeta. Los delanteros, cruzados, se adornan con solapas bordadas de pasamanería. La parte inferior del cuerpo se guarnece con una aplicación de pasamanería. Mangas lisas. Cuello y puños de pasamanería. Falda plegada, abierta en los costados sobre quillas bordadas. El delantero, ligeramente drapeado, se cubre de bordados de pasamanería. Toca de terciopelo violeta, adornada con dos alas de pluma. Tela necesaria: 11 metros de cachemir, doble ancho.

Núm. 11. **Capota-toca.**—El fondo es de muselina de seda color rubí. Los contornos se adornan con un ancho galón de terciopelo negro bordado de plata, y la parte de delante con un abullonado de muselina de seda.

Núm. 12. **Traje para visita.**—Cuerpo liso de piel de seda beige, cubierto con aplicaciones de pasamanería de un tono más oscuro, colocadas en forma de chaquetilla Figaro. Mangas huecas de terciopelo verde botella. Falda de piel de seda, adornada con profusión de bordados de pasamanería y abierta sobre pequeñas quillas de terciopelo. Pequeña capota de terciopelo verde, adornada con un lazo y un *esprit* de pluma. Tela necesaria: 14 metros de piel de seda y 9 de terciopelo.

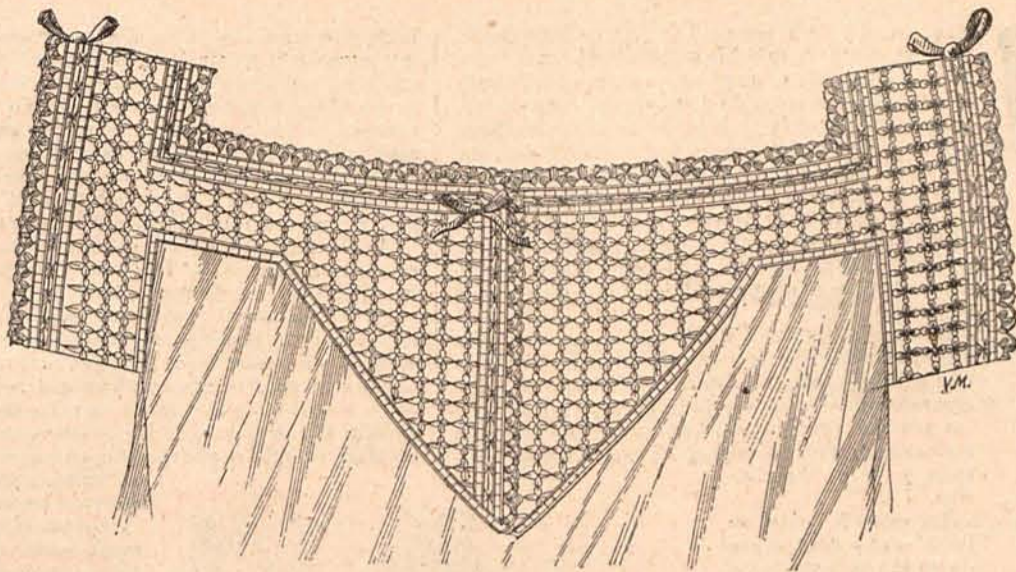
Núm. 14. **Traje para paseo.**—Es de paño nutria. Cuerpo chaqueta, adornado con bordados de aplicación, abierto sobre un chaleco de piel de nutria. Mangas lisas, adornadas con bordados, y puños de piel. Falda drapeada, adornada en el borde con una ancha cenefa bordada. Capota de seda fruncida, adornada con un ala de pluma. Tela necesaria: 8 metros de paño nutria.

Núm. 15. **Delantero y espalda de un traje para recibir.**—De lana escocesa, formando grandes cuadros grises y rojos. Cuerpo ajustado, cortado al bias. Mangas lisas. Falda de terciopelo negro. Túnica recta en la parte de detrás y drapeada en el delantero. Tela necesaria: 9 metros de lana escocesa y 6 de terciopelo.

Núm. 16. **Traje para calle.**—Es de fino paño color gris acero. Levita Princesa cerrada en el cuerpo por doble fila de botones. La parte alta del cuerpo se abre sobre un *plastrón* drapeado de *surah* gris y se adorna con solapas bordadas de *soutache*. Mangas lisas, con puños bordados. La levita se abre en la falda sobre estrechas quillas de seda brochada. Sombrero de terciopelo, adornado con grupos de plumas. Tela necesaria: 6 metros de paño, doble ancho, 2 metros de seda brochada y 50 centímetros de *surah*.

LABORES

Núm. 3. **«Plastrón» al crochet.** Los pensamientos de que este *plastrón* se compone, se hacen sueltos del modo



Núm. 7.—CANESÚ AL CROCHET PARA CAMISA

Núm. 7. **Canesú al crochet para camisa.**—El fondo se forma con florecitas, unidas entre sí, en la forma que indica el modelo. El escote y las mangas se adornan con un estrecho entredós y una puntilla al crochet.

Núm. 9. **Cubilete para juego de dados.**—Es de cartulina, forrado interiormente con tafetán rojo. La parte exterior se cubre de fino paño negro, adornado con arabescos de galón de oro y con ligeros 'bordados' al punto lanzado, hechos con torzal rojo.

Núm. 13. **Mantita para perro.**—El fondo es de paño azul y se adorna con una cenefa bordada al pasado, con seda de varios tonos encarnados. Esta mantita se forra con franela encarnada, y los contornos se rodean con una tira de piel.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

LA CASA

XIII

ESPEJOS.—Entre un espejo de grandes dimensiones, pero defectuoso, y otro pequeño de un cristal puro, grueso y bien azogado, es preferible el último.

El espesor de la luna se reconoce a la simple vista con sólo colocar la punta de un cuchillo ó de un objeto cualquiera sobre ella. El espacio que hay entre la imagen verdadera y la reproducción que presenta el espejo, indica su espesor.

Los espejos de luna gruesa son preferibles a los demás, porque no se rompen con tanta facilidad.

El azogue se altera con la humedad, y, por lo tanto, siempre que sea preciso colocar un espejo cerca de una pared húmeda, debe aislarse poniendo detrás una tabla.

MARÍA TERESA DE LALLAVE.

LOS MILLONES

POR JULIO CLARETIE

(Continuación.)

Sin embargo, alguna que otra vez, en reuniones de confianza, había encontrado Genoveva a Víctor Ribeyre, viudo, desde hacía tiempo, con una hija, Andrea, que por entonces tenía trece años; y el viejo Roblin, ya enfermo, con un pie en el sepulcro, pudo experimentar, como última alegría y único consuelo de su vida, la dicha de ver que el negociante le pedía la mano de su hija, decidido a casarse con ella por amor y sin aspirar a dote alguna.

¿Por qué la joven recordaba su pasado, mientras que su cabeza reclinada miraba confusamente a lo lejos, envuelto en una bruma azulada, el Arco de Triunfo de la Estrella, allá abajo, al final de la cuesta, entre dos hileras de árboles que empezaban a cubrirse de hojas?

Si Ribeyre se había casado por amor con ella: le parecía encantadora; había obtenido su consentimiento antes de acercarse al señor de Roblin para pedir su mano; y turbada, conmovida por las frases de aquel hombre que juraba consagrarla toda su vida, se sintió arrastrada hacia él por un afecto singular, mezcla

AÑO III.—NÚM. 114.



Núm. 8.—TRAJE PARA TEATRO



NÚM. 9.—CUBILETE PARA JUEGO DE DADOS

nes la tienda de un carretero y una agencia de nodrizas. En gran parte, por ofrecer más alegres perspectivas a su esposa, y también algo por modernizar su casa, Ribeyre trasladó su habitación y sus oficinas a la calle de Chateaudun; pero desde el año que siguió a su matrimonio, 1877, Genoveva se dio cuenta con horror de la extraña semejanza que había entre las preocupaciones de su marido y las que había tenido su padre. El mismo rostro alterado, las mismas inquietudes, las mismas tristezas sin causas justificadas, ó quizás por causas ocultas con el mayor esmero, disimuladas como si fueran culpas.

El temor de mañana, la medianía dorada, el lujo ficticio,



NÚM. 14. TRAJE PARA PASEO

de gratitud y de respeto. ¡Ah! ¿Cómo lograría demostrarle que no se había engañado al consagrar tanto amor? En el momento en que se detenía asustada en presencia de su porvenir, como delante de un abismo; en la hora en que el pobre hombre abandonado, en que su infeliz padre pensaba anonadado por su derrota: «¿Si yo no tengo que sufrir mucho las consecuencias de la pobreza; pero... ¿qué va a ser de Genoveva?» entonces, en aquel instante supremo, Ribeyre llegaba, salvaba a la joven, la enriquecía y la pedía por única recompensa que le amase un poco a él y otro poco a su hija.

Genoveva aportaba a esta unión algo que valía más que todas las fortunas del mundo: el afecto que debía consagrar a Andrés. Y Roblin, el negociante arruinado, moría feliz. Su hija no sufriría las temidas privaciones, la miseria que le había amenazado. Era la esposa de un hombre honrado y de un hombre rico.

La casa Ribeyre se hallaba entonces situada en el piso bajo de un antiguo hotel del patio de las *Petites Ecuries*, rincón perdido, como si fuera parte de una provincia en pleno París; sitio en donde Genoveva se aburría, teniendo enfrente de sus balcones

la tienda de un carretero y una agencia de nodrizas. En gran parte, por ofrecer más alegres perspectivas a su esposa, y también algo por modernizar su casa, Ribeyre trasladó su habitación y sus oficinas a la calle de Chateaudun; pero desde el año que siguió a su matrimonio, 1877, Genoveva se dio cuenta con horror de la extraña semejanza que había entre las preocupaciones de su marido y las que había tenido su padre. El mismo rostro alterado, las mismas inquietudes, las mismas tristezas sin causas justificadas, ó quizás por causas ocultas con el mayor esmero, disimuladas como si fueran culpas.

El temor de mañana, la medianía dorada, el lujo ficticio,

la riqueza aparente, la sonrisa superficial, todo lo que constituye el lote de los desgraciados que quieren y no pueden; todo lo que había odiado, todo lo que había temido, lo encontraba de nuevo en la casa de aquel hombre honrado, que se dedicaba asiduamente a un trabajo estéril, cuyo nombre llevaba, a quien estimaba, de quien era adorada, y por quien Victor Ribeyre habría dado su sangre gota a gota, con tal de proporcionarle la ventura.

¡Dos veces, dos en su vida, tropezar con tan semejantes fatalidades! En ocasiones le parecía que Ribeyre se asemejaba a su mismo padre.

En las noches de invierno, cuando en el escritorio se encendía el gas, temía la joven que sobre el tejado de la casa de la calle de Chateaudun iba a caer lentamente la misma nieve que como un sudario cubría el de la casa de la calle del Sentier, aquella noche del mes de Diciembre, que no podía olvidar; aquella noche en que su padre la reveló su ruina... ¡Sólo al recordarlo se estremecía!

¡Estremecerse en aquel landó en que iba reclinada como en una hamaca! ¡Estremecerse en aquella elegante alameda de los Campos Elíseos, adornada con las primicias de la primavera! ¡Cómo era posible esto!

Alejando de sí con viveza aquella dolorosa impresión, dijo de pronto a Raimunda, que se asombró al oírlo:

—Nada, nada, el pasado es el pasado; hay que olvidarle.

Y procuró hablar; y miraba a todos lados, en aquella alameda casi desierta a tales horas, pero en la que ya comenzaban a aparecer algunos elegantes carruajes.

Raimunda, poco entusiasmada ante el paisaje — se había hastiado de verlos en la Exposición — pensaba, sin embargo, que eran muy bonitas las flores que comenzaban a bordar los linderos de las calles de árboles; pero parisiense hasta la médula de los huesos, las impresiones más naturales, las sensaciones más sencillas, no se producían en su ánimo sino a través de los recuerdos de la moda.

Los Campos Elíseos no eran para ella Campos Elíseos; eran



NÚM. 10.—TRAJE PARA VISITA

una acuarela como había visto tantas en la Exposición de acuarelistas; y teniendo en cuenta su gusto refinado por lo ficticio y por el arte, todo lo más que hubiera dicho al contemplar aquella vida que se agita en torno suyo, habría sido: «el cuadro está muy bien pintado.»

Andrea, silenciosa, reflexionaba sin tristeza, y miss Barker conservaba en sus ojos su eterno aire de vaga contemplación.

Genoveva y Raimunda eran evidentemente las dos que experimentaban el placer de aspirar el aire con más delicia y de ver el *Bois*, la calle de las Acacias y el lago, con todos los encantos con que la sociedad parisiense aumenta los naturales de estos parajes.

Genoveva, sobre todo, parecía hechizada. El viento acariciaba su fino cutis, y cerrando los ojos, parecía dejarse mecer por el movimiento del coche.

¡Con cuánto gusto habría pasado en aquella situación días enteros! Aquel sencillo paseo, vulgar en sí, era bien distinto de su existencia ordinaria, compuesta en su mayor parte de incomodidades. ¡El *Bois* era tan precioso! Las ramas de los árboles, las florecitas multicolores le parecían los dibujos y adornos de las pantallas de chimenea japonesas... ¡Las lilas! ¡Qué perfume tan suave! No sólo aspiraba, sino más bien bebía aquel aroma de Mayo. Sus fosas nasales se abrían y respiraban con placer aquel perfume de primavera. ¡Qué alegría en todas partes!... ¡Qué savia!... ¡Qué vida!...

Y todo parecía hecho para ella. ¡Cómo le alegraban aquellos elegantes carruajes que se deslizaban rápidamente, aquel lujo que se codeaba,



NÚM. 11.—CAPOTA TOCA

nia a la boca; en su cerebro entraban y salían las ideas, fugitivas como mariposas... ¡Tenía una cabeza de chorlito! Genoveva no escuchaba, ó parecía estar ensimismada con sus tristes recuerdos, apenas disipados por la feliz impresión de aquel hermoso día parisiense.

Al volver del paseo, una oleada de coches subía hacia el *Bois*.

Esto llamó su atención, la alegró, y hasta pareció aturdirse con aquel ruido a que no estaba acostumbrada.

Todo brillaba en aquella atmósfera primaveral. En la plaza de la Concordia irradiaba el sol, dándole el aspecto de una mágica iluminación.

En la calle Royale y en los Boulevares, las tiendas, los bazares, fulguraban como las joyas de las platerías; los marcos de los cuadros, los matices de las telas, las flores hacinadas en los escaparates de las floristas, las cintas, los encajes, el varillaje y los paños de abanicos; las cajas de dulces, las chucherías de todo género, lo suntuoso, lo brillante de París, todo centelleaba a los ojos de Genoveva como millares de lentejuelas, cuando la conducía rápidamente el carruaje a través de aquellos infinitos y variados resplandores, dando a cuanto veía el aspecto de una inmensa y luminosa apoteosis.

Pero después, los dorados grupos esculturales que ostenta la fachada de la Gran Opera se le aparecieron como las imágenes propias, materializadas de la vida opulenta de París; y el Apolo, que en lo más alto erguía su cabeza, teniendo una lira de oro en la diestra, le causó el efecto de una especie del dios del lujo en medio de las deslumbradoras casas de la gran ciudad, mostrando a todos, desde una altura inaccesible, una barra de oro, una inmensa barra incandescente, y como diciendo a cuantos pasaban por la calle: «¿Quién la quiere? ¡Que suba a cogerla el más atrevido!»

Nada hay tan grandioso como estos boulevares, pensaba Genoveva, mientras que el landó se deslizaba, rodeado de coches y ómnibus, por entre las dos hileras de árboles que hay a los lados de la espaciosa calzada.

Y las grandes letras de oro, que en las fachadas de aquellas casas servían de anuncio ó muestra, continuaban ofreciendo a sus ojos el espectáculo de aquella visión interminable y deslumbradora del oro en infusión.



(Delantero.)

NÚM. 15.—TRAJE PARA RECIBIR

(Espalda.)

aquellos trajes claros y frescos, aquellos rostros de mujeres que se descubrían a través de los cristales de los coches; rostros que miraban con curiosidad unos y otros, mientras que Raimunda, para quien eran familiares todos aquellos personajes desconocidos, los nombraba, y con un solo rasgo hacía su biografía.

No causaba asombro a la joven el nombre, ó el mote a veces, de mujeres que sólo debían a su belleza el lujo original y extravagante de sus trajes y de sus coches.

—¡Calle! ¡Alicia Hervie! ¡Y va con *Bola de goma!* dijo mostrando a una joven, peli-roja también, que ocupaba una victoria. Mira, Andrea, añadió. ¿Es verdad que me parezco a esa Alicia?

—No la he visto, respondió Andrea.

Raimunda hizo un gesto muy burlón. —Lo que es yo, no creo parecerme a ella: tiene cabellos como los míos, y nada más; pero Rodillon,

el imbécil de Rodillon, cada vez que va a casa a ver a papá, me dice: «¿Es asombroso! ¡Cómo se parece usted a Alicia!» Papá le manda llamar. Y dicen que le cuesta un dineral la tal Alicia. ¡Tiene más diamantes!...

La joven se detuvo ante una mirada de miss Mand, que se volvió hacia ella bruscamente.

Era demasiado locuela la tal Raimunda; decía todo lo que se le venía a la boca; en su cerebro entraban y salían las ideas,

fugitivas como mariposas... ¡Tenía una cabeza de chorlito! Genoveva no escuchaba, ó parecía estar ensimismada con sus tristes recuerdos, apenas disipados por la feliz impresión de aquel hermoso día parisiense.

Al volver del paseo, una oleada de coches subía hacia el *Bois*.

Esto llamó su atención, la alegró, y hasta pareció aturdirse con aquel ruido a que no estaba acostumbrada.

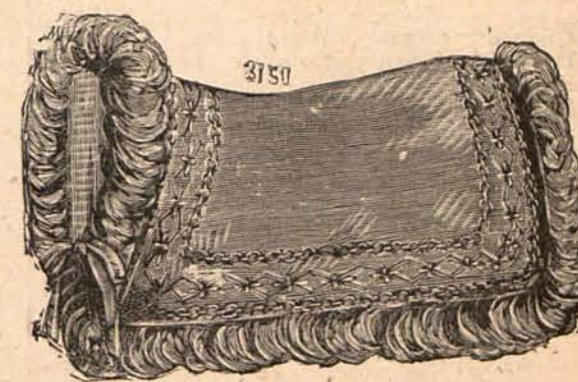
Todo brillaba en aquella atmósfera primaveral. En la plaza de la Concordia irradiaba el sol, dándole el aspecto de una mágica iluminación.

En la calle Royale y en los Boulevares, las tiendas, los bazares, fulguraban como las joyas de las platerías; los marcos de los cuadros, los matices de las telas, las flores hacinadas en los escaparates de las floristas, las cintas, los encajes, el varillaje y los paños de abanicos; las cajas de dulces, las chucherías de todo género, lo suntuoso, lo brillante de París, todo centelleaba a los ojos de Genoveva como millares de lentejuelas, cuando la conducía rápidamente el carruaje a través de aquellos infinitos y variados resplandores, dando a cuanto veía el aspecto de una inmensa y luminosa apoteosis.

Pero después, los dorados grupos esculturales que ostenta la fachada de la Gran Opera se le aparecieron como las imágenes propias, materializadas de la vida opulenta de París; y el Apolo, que en lo más alto erguía su cabeza, teniendo una lira de oro en la diestra, le causó el efecto de una especie del dios del lujo en medio de las deslumbradoras casas de la gran ciudad, mostrando a todos, desde una altura inaccesible, una barra de oro, una inmensa barra incandescente, y como diciendo a cuantos pasaban por la calle: «¿Quién la quiere? ¡Que suba a cogerla el más atrevido!»

Nada hay tan grandioso como estos boulevares, pensaba Genoveva, mientras que el landó se deslizaba, rodeado de coches y ómnibus, por entre las dos hileras de árboles que hay a los lados de la espaciosa calzada.

Y las grandes letras de oro, que en las fachadas de aquellas casas servían de anuncio ó muestra, continuaban ofreciendo a sus ojos el espectáculo de aquella visión interminable y deslumbradora del oro en infusión.



NÚM. 13.—MANTITA PARA FERRO

mentó bruscamente la impresión que produce el telón que baja de pronto y oculta una magnífica decoración de comedia de magia. ¡Eclipse de luz! ¡Detrás la sombra! ¡Qué tristeza!

El coche se detuvo entre el faubourg Montmartre y la calle Lafayette, ante una gran casa nueva de este segmento de la calle de Chateaudun, mole de piedra en la que, detrás de las enormes muestras de cobre colocadas sobre los balcones de hierro, las personas que allí vivían parecían acuarteladas dentro de una uniformidad monótona.

Genoveva se apeó con Andrea, a quien miss Mand dió un cariñoso apretón de manos, y penetró en la casa, mientras que la señorita Guillemard, que permanecía en el coche con su institutriz, decía al cochero:

—A casa, Julián.

El landó se encaminó hacia la calle Taitbout.

Genoveva dirigió instintivamente, al pasar, una mirada a la placa de mármol que había en la puerta en la que, con estas palabras grabadas: *Victor Ribeyre. Comisión. Exposición.*

La joven recordaba las grandes placas de cobre con letras de oro que ostentaban la casa banca y los establecimientos de crédito del primo Guillemard.

Todavía conservaba en sus ojos el recuerdo, la im-



NÚM. 12.—TRAJE PARA VISITA



NÚM. 16.—TRAJE PARA CALLE

presión de la vida feliz, la sensación del lujo que había experimentado poco antes al ir al Bois, y al volver, en medio del ruido, del movimiento, y sobre todo del esplendoroso espectáculo que había formado sus horizontes.

La riqueza de Guillemard era una verdadera riqueza: la seguridad en la fortuna!

Al entrar en el patio de su casa, frío, sin sol y que le pareció entonces más sombrío que de costumbre, con el suelo de asfalto, Genoveva fijó su vista en las vidrieras con cristales esmerilados que daban acceso al despacho de su marido; y al ver en ellas la V. y la R., sintió un peso mortal sobre su corazón.

Aquel patio cuadrado, cuyas tapias se elevaban por sus cuatro lados hasta el quinto piso, le hacía el efecto de una cueva.

Empujó la puerta vidriera, y sonó un timbre. Poco después se halló en una espaciosa habitación del piso bajo, en donde parecían dormir en sus estantes multitud de mercancías empaquetadas ó sueltas.

De pie, al lado de una gran mesa, dos dependientes jóvenes ataban, sin prisa, paquetes de telas, y una vez hechos, llevaban a una de las casillas de los estantes, diciendo a un tercer empleado que se hallaba de pie también, é inclinado sobre un pupitre, el número y calidad de las mercancías almacenadas, en forma semejante á ésta:

—Veinte metros de tarlatana, consignados á Sánchez y Vidal, de Buenos Aires.

—Veinte metros de tarlatana, repetía el joven que escribía, vuelto de espaldas á ellos.

Sin embargo, movió la cabeza cuando la señora Ribeyre entró, é instintivamente miró por encima de los hombros de Genoveva para ver si alguien la acompañaba.

En su rostro de veinticinco años, donde todas las impresiones que sentía su alma podían leerse como en un libro abierto, apareció una furtiva expresión de placer cuando descubrió en la penumbra de la puerta á Andrea, que se había quedado en el dintel sin atreverse á entrar.

La joven también le miraba, y le hizo un saludo cariñoso, como si se tratara de un amigo muy estimado.

Aquel dependiente era Oliverio Giraud, el empleado á quien Emilio Guillemard deseaba convertir en su mano derecha.

Al ver á Genoveva, dejó la pluma y acudió á saludarla; y mostrándole una habitación entreabierta, en el fondo, al lado de una especie de jaula de cristales, en donde se descubrían libros enormes, semejantes á infolios, con doradas etiquetas en el lomo, que decían: *Copiadore de cartas; Caja; Perú, España, etc.*

—El principal está ahí, señora, dijo á Genoveva.

—Muchas gracias, Oliverio.

Genoveva pasó por delante del joven, que se inclinó, volviendo á su pupitre, después de mirar hacia la puerta para ver si Andrea continuaba allí.

No: la señorita Ribeyre debía haber subido á su habitación, situada en el primer piso.

El rostro moreno y muy enérgico de Oliverio, no pareció satisfecho.

—Vamos, Thorie, continúe usted, dijo al dependiente que un momento antes le había dictado y que suspendió su tarea para leer un periódico, mientras Oliverio saludaba á la esposa de su principal.

VI

Al ver á Genoveva que empujaba suavemente la puerta de su despacho, Víctor Ribeyre experimentó, con mayor fruición, la misma alegría que poco antes observamos en la mirada de Oliverio Giraud cuando contemplaba á Andrea.

El negociante dejó también la pluma, y levantándose, tendió la mano á su esposa:

—Y bien, Genoveva, le dijo. ¿Te has divertido mucho?

—Mucho.

—¿Guillemard ha sido amable?

—Muy amable.

—¿Y el diablillo de Raimunda?

—Como siempre, de buen humor, dijo Genoveva, mirando instintivamente en torno suyo y entristeciéndose ante la vulgaridad de aquel despacho, de aquellas paredes cubiertas de papel verde, de aquellos mapas de América y de España, colgados en la pared, al lado de un arca de hierro, y de aquellos carteles anunciando la partida de buques, con las imperfectas estampas que representan algún vapor, dibujado, al parecer, por un niño travieso.

Aquellos prensapapeles de cristal, colocados sobre facturas azules; aquel gran tintero, también de cristal; aquel pesacartas; aquellos portaplumas y pedazos de goma al lado del papel secante sobre el pupitre, en donde Víctor reposaba sus codos y permanecía días enteros, bajo una media luz pálida y triste, y alumbrado de noche por el mechero del gas, oculto bajo una pantalla de cristal opaco; todo aquel ajuar la pareció miserable y raquítico.

Aquella era la oficina ordinaria, semejante á la de todos los hombres de negocios de la estofa de su marido: aseada, con sillas de caoba y asientos de vaqueta verde; chimenea sobre la que un reloj de mármol,

en forma de pirámide, marcaba prosaicamente la hora del correo, y en cuyo hogar, de hierro fundido, se quemaba durante el invierno cok, como en las rejillas de hierro de las oficinas inglesas; pero nunca, nunca aquel piso bajo, en donde Víctor pasaba y gastaba su vida, y en donde Genoveva solía entrar rara vez, porque se sentía descorazonada; nunca, repetimos, le pareció tan triste, tan aburrido como en aquel momento.

Las ventanas, con cristales esmerilados también, daban á un pequeño patio que, dividido por una tapia baja, pertenecía á dos casas contiguas; y los reverberos proyectaban sobre las pupilas de Ribeyre, cuando trabajaba, su brillo de acero demasiado fuerte.

—Aquí te falta aire y luz, dijo Genoveva. Lo que es yo, me ahogo.

—Por eso no te pido que vengas, querida mía, dijo Víctor sonriendo; y eso que ya sabes que me proporciona un inmenso placer verte á mi lado.

Ribeyre la hizo sentar delante de él, y extendiendo sus manos hacia ella, la miraba con una expresión de profunda bondad, con esa avidez de absoluta abnegación que pudiera llamarse *instinto sublimado*.

—Te hallo muy fatigado, dijo ella.

El negociante se miró al espejo que había sobre la chimenea, y procuró sonreír de nuevo.

—Vas á pensar que soy presumido, contestó Víctor, pero me encuentro muy bien.

El espejo, sin embargo, le mostraba la figura de un hombre gastado por el trabajo: un rostro rodeado de fina barba rubia, con algunas canas en la parte inferior. Aquel hombre de cuarenta y siete años hubiera podido parecer un joven todavía, si las arrugas de sus mejillas no hubieran marcado las huellas de un im-probo y fatigoso trabajo intelectual, acompañado de constantes preocupaciones.

Sus pupilas, de un azul claro, algo contraídas, parecían estar envueltas en una especie de penumbra; eran dos cavidades de donde salían tibios fulgores, y sobre los ojos sus abultadas cejas, hacían decir á Guillemard cuando se burlaba de él:

—Este Víctor gusta tanto de acaparar, que hasta se ha hecho bolsillos encima de los ojos; y eso que aún no ha podido llenar los de su chaleco.

Víctor Ribeyre se miraba y le parecía que su levita holgaba sobre su torso adelgazado. ¡Sin duda había trabajado mucho en su vida!

Pero no: no es el trabajo el que mata; la inquietud sí.

Por el contrario, el trabajo anima y da vigor al cuerpo y al espíritu.

—Jamás me he encontrado tan bien como ahora, dijo. Lo único que tengo es un poco de agitación febril... primaveral.

Y volvió á sentarse cerca de Genoveva, quien en el espejo había contemplado también, con una especie de angustia, aquella aparición rápida y pálida.

—Guillemard, dijo la joven, no es tan malo como algunos suponen. Hace poco se preocupaba de ti.

—¿Emilio? preguntó Víctor. ¡Por lo visto, tenía tiempo que perder!

—Te aseguro que le juzgas más egoísta de lo que es. Querría que anduvieras más por el mundo... que estuvieras menos encerrado en este despacho.

—¿Qué cosas se le ocurren al buen primo! exclamó Víctor interrumpiendo á Genoveva y procurando sonreír, aunque su sonrisa resultó velada de dolorosa melancolía. Que me dé la cuarta parte de sus millones, y me comprometo á exhibirme en todas partes y á gastar el dinero con más inteligencia que él. No es que le envidie, no; Dios lo sabe; pero cuando uno lucha como yo, son pocas las horas de la vida para conseguir el triunfo.

—¿Cuando se lucha! Genoveva no oyó realmente más que estas tres palabras, de todas las que acababa de pronunciar su marido; y notó tal acento de dolor en ellas, que no pudo menos de estremecerse.

De nuevo experimentó aquel escalofrío trágico que poco antes la había atormentado en el landó.

Los reflejos luminosos que todavía reverberaban en sus pupilas tomaron de pronto el aspecto de la nieve: la nieve del invierno; el sudario de la ruina! La casa Ribeyre, ¿estaba también, como en otro tiempo la de su padre, tan próxima al abismo?

—¿Cuando se lucha!

—Veamos, dijo Genoveva. ¿Tienes más inquietudes hoy que de ordinario? Puedes decírmelo todo. Tengo valor para oírlo, y además, está demostrado que necesito acostumbrarme á estas tristezas.

—¡Eso es! ¡Tú que has nacido para ser dichosa, mi querida Genoveva!

El pobre Víctor adivinó con inmensa amargura una acusación quizás, en aquel recuerdo del pasado, en aquella alusión á la quiebra de «Roblin Gerbert y Compañía.»

Lo mejor era no decir nada; guardar para sí los temores y las pesadumbres. Tal era su costumbre... no tenía que forzarse. ¿A qué fin alarmar á Genoveva, cuando acariciaba un proyecto que debía salvarlo todo?

(Se continuará.)

AMALIA PAOLI

Los periódicos diarios han referido el brillante éxito que alcanzó esta joven y distinguida artista al presentarse en el teatro Real á interpretar el difícil papel de la protagonista de la ópera *Aida*. Amalia Paoli posee todas las cualidades que pueden desearse en una cantante, y su reciente triunfo asegura á la *diva* española el más risueño porvenir. Estas afirmaciones, que de seguro halagan nuestro amor á la patria, serán muy gratas en Puerto Rico, y particularmente en la ciudad de Ponce, donde nació la joven artista á quien consagramos estas líneas.

Allí nació, en el seno de una familia acomodada; allí creció al calor del cariño de sus padres y de los numerosos y buenos amigos que contaban. Allí también sufrió la inmensa pena de perder á los que le habían dado el ser, quedando en situación no muy risueña, y teniendo que ser la providencia de sus hermanos menores. Pero la simpática huérfana encontró el cariñoso apoyo de sus paisanos para realizar la penosa misión á que la obligaba su propia desgracia. ¡Con lágrimas de felicidad y reconocimiento cuenta Amalia Paoli todos los beneficios que debe á sus amigos de Puerto Rico!

Si su alegría es inmensa cuando resuenan los aplausos en su oído y cuando se abre su corazón á la esperanza, es porque piensa que esas ovaciones son para los que, nobles y generosos, le tendieron una mano amiga, ayudándola á salvar los escollos que una joven pobre y desvalida habría de hallar, sin duda alguna, en su camino, librándola Dios sabe de qué dolores amargas, y permitiéndola ser amparo y égida de sus hermanos.

Hay, pues, en esta joven artista algo más que el triunfo del talento; hay el triunfo admirable de dos santas virtudes: la caridad y la gratitud.

Por eso creemos no equivocarnos al asegurar que la alegría, el entusiasmo que ha producido en la colonia portorriqueña de Madrid el triunfo de Amalia Paoli, ha de hallar eco en toda la Isla, y especialmente en Ponce.

¡Qué dicha haber contribuido á que una joven, en los linderos de la pobreza y de la desventura, haya podido desarrollar sus cualidades y ser á un tiempo gloria del país que la vio nacer, gloria de los que la ampararon y admiraron, y encanto del público *diletante*.

Porque Amalia Paoli ha alcanzado también aplausos en Italia, y todo hace creer que al seguir la senda del divino arte, hallará en todas partes la misma admiración y el mismo cariño. ¡Admiración para la artista, admiración para la mujer!

No repetiremos lo que ya han dicho los periódicos diarios. Tanto interés inspiraba su aparición en el Teatro, que, á pesar de estar la Corte de luto, la infanta Isabel fué á oírlo, y la Reina Regente y la reina Isabel también escucharon su admirable voz con el auxilio del teléfono. Lo más distinguido de la sociedad madrileña llenaba palcos y butacas, y la duquesa de Ballén, que había reunido aquella noche en su mesa á los personajes políticos más importantes, no vaciló en dejarlos á las diez de la noche para trasladarse al regio coliseo á aplaudir á su joven protegida.

La colonia portorriqueña se dió cita también en el teatro de la Plaza de Oriente, y al final, señoras y caballeros, estos últimos cargados de preciosos ramos, llenaron el cuarto de la artista, felicitándola y felicitándose con una efusión conmovedora.

Todos estaban orgullosos. Amalia Paoli había hecho una verdadera proeza al cantar por primera vez la gran ópera de Verdi, saliendo triunfante de las comparaciones que hizo el público al recordar á las que antes que ella han interpretado el difícil papel de *Aida*, y demostrando todas las cualidades que le adornan: voz, ejecución magistral, sentimiento artístico, en una palabra, cuanto constituye á una cantante de primer orden.

Además, los portorriqueños querían ver de cerca el magnífico traje que había lucido su paisana, regalo de la distinguida señora del banquero D. Pedro Salazar, ejecutado bajo la dirección de la señora de Llaguno, doña Isabel Tió, también portorriqueña, y una de las mejores amigas, como sus dignas hermanas, de la señorita Paoli.

El valioso obsequio de la señora de Salazar merece una descripción detallada. El precioso traje que lució Amalia Paoli se compone de lo siguiente: falda de paño de damas azul celeste, estrecha y corta. La parte baja está primorosamente adornada con un fleco de pasamanería de oro, y una ancha guarnición de pasamanería, también de oro, simula en el delantero un gracioso recogido. Cuerpo corselete de tisi de oro formando peto, adornado en el pecho con un gran escudo de oro, y pedrería. Los contornos del corselete se rodean con piedras preciosas, colocadas á intervalos iguales. De la parte inferior del peto parte una ancha tira azul, guarnecida con galones de oro y fleco de perlas de varios colores. Manto de fino cachemir azul, rodeado de un fleco de oro, prendido en el hombro izquierdo con un broche de pedrería y sujeto en el costado derecho, un poco más abajo de la cintura.

Malla de seda marrón escotada en redondo y adornada con un galón de pasamanería de oro. En el hombro derecho, broche igual al que prende el manto en el hombro izquierdo. Collar formado por seis hilos de gruesas perlas multicolores. Brazaletes y pendientes de oro y pedrería. Rica diadema de oro, sembrada de brillantes, rubíes, topacios y esmeraldas, sobre viso de terciopelo granate, adornada en la parte alta con finas plumas que caen por detrás, en forma de cascada. En estas plumas se encuentran reflejados los tonos del traje. Medias de seda del mismo color que la malla. Sandalias de piel. La casa Corbella, de Milán, proveedora de los artistas de la Escala, ha remitido á la señorita Paoli el corselete y las joyas. Las telas necesarias para la falda y el manto han sido adquiridas en casa de Escolas, y las mallas en casa de Muñoz y Pedraza.

Ni la simpática artista ni sus buenos amigos olvidarán el triunfo obtenido en el teatro Real, á un mismo tiempo por el talento y por el afecto que, librándola de escollos y penalidades, le ha permitido dar los brillantes frutos que su alborada prometía.

JUAN DE MADRID.

A LA LUZ DE LA LÁMPARA

¡Qué frío!—Desapariciones.—En la embajada de Alemania: la baronesa Stum.—Una mansión modelo.—El Barón.—Las antigüedades.—Presentación en el mundo.—Colección de azulejos.—Para el porvenir.—La marquesa de Abella y sus hijas.—Teatros.

El frío de los primeros días de Marzo ha sido terrible; el mes que nos debe traer, á poco de mediar, la primavera, ha comenzado con heladas propias de Enero; que han causado grandes perjuicios y han aumentado la ya larga lista de las defunciones.

Las violetas, que lo inundaban todo, han quedado ataridas, y las flores del almendro, que preparaban su aparición, se han retirado de la escena, como la señora Nevada que huyó presurosa de nuestro clima, temiendo por el tesoro de su voz, bastante comprometido.

Doña Juana la Loca, la interesante figura de nuestra Historia con cuyos amores hizo el insigne Tamayo un drama y Pradilla un cuadro, sufrió también los rigores del tiempo la primer noche que venía á cantar en el teatro Real sus celos y sus desdichas, con música del maestro Serrano.

A donde el frío no ha podido llegar, ha sido á los salones de la embajada de Alemania; la segunda recepción ha sido tan brillante como la primera.

¿Conocéis á la embajadora? La baronesa Stum se duece, tanto por su ingenio como por su figura eminentemente elegante; nació en América y ha seguido á su esposo á través de todas las cortes de Europa, formando su talento con el trato de hombres notables de todos los países.

No hay más que ver su cuarto del precioso hotel que la embajada ocupa en la calle del Rey Francisco, para comprender lo que vale. *El estilo es el hombre*, dice un antiguo adagio, y la mujer se revela en todo lo que la rodea, hasta el punto de que con sólo ver el cuarto de una mujer, se puede dar idea de su carácter, aun sin conocerla.

El de la baronesa Stum revela á la dama de gustos artísticos y de aficiones serias, amiga del orden y poco partidaria de lo frívolo.

En un ángulo de la vasta estancia está la mesa de escribir, que es bajita y de ébano. Encima de la mesa, y rodeando la cartera de *peluche* azul que forma el escritorio, los retratos de su esposo y de sus hijos, unos niños verdaderamente encantadores.

La parte delantera de la mesa es una pequeña y monísima estantería, donde están los libros favoritos, los que se manejan con más frecuencia, los que se leen con más gusto; y delante de esta estantería se extiende una muelle silla larga, tapizada con rica tela antigua y completada con multitud de almohadones de telas suaves y sedosas.

Una hermosa planta que crece en magnífico tabor, drapeado con brocatel, extiende á los pies del cómodo asiento sus verdes y anchas hojas, y una gran lámpara con pantalla, guarnecida de ricos encajes, da luz á la cabecera. En una preciosa mesita de mosaicos, colocada al alcance de la mano, está el cuchillo de abrir hojas, una joya artística, enriquecida con rubíes y brillantes, las delgadas y pequeñas planchas de marfil que sirven de registro al lápiz de oro para señalar pasajes y tomar notas; un precioso reloj que marca el curso del tiempo consagrado á la lectura y las Revistas é *Ilustraciones* más recientes.

Al lado del balcón, y en un precioso nido formado con enredaderas, los útiles de costura, colocados en un artístico *nécessaire*, y al otro lado todo lo necesario para dibujar y pintar á la acuarela.

Frente á la mesa de escribir, el piano decorado con una rica tela antigua, que parece salida de los armarios de la catedral de Toledo.

En las paredes, pocos, pero preciosos cuadros de buenas firmas de los pintores contemporáneos y algunos grabados recordando sitios y paisajes del país en que nació la bella embajadora, y sobre la chimenea y en mesitas de varias formas, retratos de familia y de

amigos íntimos, unidos á los recuerdos que encantan la vida.

Los asientos, de varias formas, son todos comodísimos, y se comprende que en aquella estancia se han de deslizarse graciosas las horas de soledad y recogimiento que son tan plácidas para el alma y tan necesarios cuando se vive en medio de la agitación del mundo.

Todos los salones de la embajada revelan un exquisito gusto y un delicadísimo espíritu de *confort*. El embajador, el barón de Stum, es un diplomático con aficiones de artista, y que tiene especial predilección por las antigüedades.

En todos los países donde ha ejercido su misión, ha recogido muchas preciosidades, que manda luego á su palacio de Berlín. En España ha hecho una buena recolección, especialmente en porcelanas de Talavera y del Retiro, y en tallas de los buenos tiempos de Berruguete y de sus más aventajados discípulos.

En un pueblo de Castilla, pues el Barón ha recorrido como *turista* toda España, adquirió una *Huida á Egipto* horriblemente pintada con azul y rojo y sobrecargada de dorado, que, al ser restaurada, ha resultado una obra preciosa.

—Los comerciantes de antigüedades, me decía el Barón, han explotado mucho el país de algunos años á esta parte; pero quedan todavía cosas preciosas que se pueden hallar con un poco de paciencia y no reparando en molestias.

En todos los salones de la embajada se ven los resultados de estas peregrinaciones artísticas del barón por los pueblos del interior de España.

Como sus recepciones han sido las únicas de este tristísimo invierno que estamos atravesando, se han acogido con verdadera delicia, y la gente se volvía á ver reunida, como después de un largo viaje.

Dos jóvenes encantadoras han sido presentadas en estas recepciones del gran mundo: la hija mayor de los duques del Infantado y la hija de los difuntos condes de Urbasa.

La primera es una artista notable, que ha expuesto en la Exposición de Blanco y Negro un precioso retrato de su hermana pequeña, que ha sido reproducido por la *Ilustración Española y Americana*.

La segunda es un encanto, que recuerda mucho á su hermosa madre, aquella inolvidable María Salamanca, que murió un otoño, como las flores heridas por los hielos, y que pertenece, por su padre, á la familia ilustre de los duques de Rivas, en la que todas las mujeres han sido notables.

Como en los campos, en los salones suceden las flores de la primavera á las del otoño, dándose algunas veces el caso de que parecen estrechamente unidas dos primaveras.

Las colecciones artísticas del barón Stum me recuerdan la de un distinguido individuo de la aristocracia española, que falleció no hace mucho tiempo, el marqués de la Coquilla. El noble esposo de la hija segunda de los duques de la Roca era un gran coleccionador de azulejos, de esos azulejos artísticos que fueron una de las especialidades de la industria española, y que tanto se aprovecharon para las construcciones. Especialmente en Andalucía y en las provincias de Levante, la Alhambra, el Generalife, el alcázar de Sevilla, la catedral de Córdoba, todas las construcciones árabes de nuestro país, muestran preciosas variedades de esos azulejos, con los que se formaban admirables mosaicos. La especialidad de la colección que ha dejado el marqués de la Coquilla, y que reunió á costa de grandes esfuerzos, son los azulejos con escudos de armas. Desde el siglo XVI, especialmente, todas las casas hidalgas los ostentaban, y el difunto Marqués ha reunido una colección que podría servir para ilustrar los *Anales de la nobleza*, que escribe Bethancourt.

El mes de Marzo será animado, si se cumplen los pronósticos, á pesar de la Cuaresma. Faltan todavía dos recepciones en la embajada de Alemania, y para el 15 han anunciado que abrirán los salones del piso principal de su palacio de la calle de Alcalá los marqueses de Linares.

Este palacio ha sido decorado por los principales artistas españoles, y el Marqués, que es un hombre muy inteligente y de mucho gusto, lo mismo que la Marquesa, han recorrido las principales capitales del extranjero buscando novedades para adornar su casa, de la que han hecho un precioso museo, que la sociedad aristocrática de Madrid deseaba conocer.

Los Marqueses han prometido satisfacer estos deseos de sus amigos el día 1.º del corriente, que es el santo de la Marquesa.

La marquesa de Abella y sus hijas, que son uno de los ornamentos de la sociedad aristocrática de Barcelona, ha pasado una temporada en Madrid, de regreso de una expedición á Tánger.

La Marquesa dió, durante la Exposición universal de la capital del Principado, notables fiestas en su elegante casa de la Rambla, y tanto ella como sus bellas hijas han recibido muchos agasajos á su paso por Ma-

drid, celebrándose en su obsequio banquetes en varias casas aristocráticas.

La Marquesa es una dama de mucho ingenio y autora de un libro acerca de las costumbres y los usos del gran mundo, que se celebró mucho cuando se publicó en Barcelona.

Los teatros no han dado nada verdaderamente notable después de *La bofetada*, de Novo y Colsón, en el Español; en la Comedia fué un fracaso la representación de *La prensa del lagar*, obra sacada de una novela de Jorge Sand por un distinguido académico y antiguo y respetable crítico. Lo que está más en boga son las decoraciones que, con música de Chueca, se exhiben en el teatro de la Zarzuela en las representaciones de una cosa que se llama *El Arca de Noé*.

EL ABATE.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ACUARELA

Fig. 1.ª **Traje de baile para señora.**—Cuerpo corto y cruzado, mitad de seda verde y mitad de seda brochada, fondo blanco, con rameados verdes, adornados con un abullonado de gasa blanca. Mangas cortas y abullonadas de seda verde. Grupitos de plumas verdes adornan los hombros y el lado izquierdo de la cintura. Falda de seda verde. Túnica recta de seda brochada, cortada en ondas en la parte inferior y sujeta con grupos de plumas verdes. Inmensa cola de seda brochada. Grupos de plumas adornando el peinado. Guantes de piel de Suecia, color masilla. Abanico de pluma. Zapatos de seda verde.

Fig. 2.ª **Traje de baile para señorita.**—Cuerpo fruncido y escotado en forma de corazón, de crespón de la China hoja de rosa. Corselete de terciopelo rosa, con aplicaciones de pasamanería blanca. Mangas abiertas y drapeadas formando hombreras adornadas con perlas. Falda de crespón de la China, guarnecida en el borde con un ancho escarolado. Túnica de seda listada rosa y blanco, adornada con aplicaciones de terciopelo y pasamanería blanca. Grupo de rosas en el peinado. Guantes de piel de Suecia color masilla. Zapatos de seda rosa.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Lili.—En la hoja de patrones que se repartió con el núm. 57 de LA ÚLTIMA MODA encontrará usted un lindo dibujo del nombre de *Flora* para marcar pañuelos.—Puede usted seguir usando el seudónimo que me indica.

A. G., Campillo de Arena.—Se hizo efectiva la libranza y tomamos nota de los deseos que en su carta manifiesta.

Lo desconocido.—Es usted sumamente amable al mostrarse reconocida á mis insignificantes servicios.—El color de la muestra que me remite usted no ha pasado de moda; pero si usted lo desea, puede teñir la tela de un tono azul muy oscuro. En mi opinión el transparente deber ser del mismo color.—Incluya usted en la libranza el importe de los *Extractos concentrados* de la perfumería de *Candor*. Ruego á usted que al hacer el pedido me indique el aroma que más le agrada.—Es un poco pronto para los Catálogos de verano; pero en cuanto sea tiempo no olvidaré su encargo.

Galena.—Queda usted anotada en el libro con este caprichoso seudónimo.

Mariguatú.—Envíe usted á la Administración las exactas medidas del cuerpo, tomadas en la forma que indicamos en el anuncio, y pediremos á París, con la mayor premura, los patrones que usted desea.

Flor de Azahar.—Tengo mucho gusto en contestar á su pregunta.—Está usted obligada á hacer un regalo á cada uno de los contrayentes.

Hija del Tader.—En opinión del *Doctor Alegre*, la dolencia que aqueja á su esposo de usted es una neuralgia reumática; le convienen baños termales, y por de pronto fricciones con esencia de trementina laudatizada. Respecto á la elección de las aguas, el médico de su familia, que conocerá las condiciones individuales del enfermo, podrá decirle si ha de elegir los baños de Fortuna, Alhama, Mula ó Archena, que son los más próximos á esa población.—Quedo muy reconocida á sus amables frases.

Angelita.—Aconsejo á usted que haga los velillos de butaca de encaje Renacimiento. Esta labor es mucho más bonita que la malla, y al mismo tiempo más elegante. ¿Cómo quiere usted que sepa á estas horas el color que estará más de moda en el próximo verano? La única noticia que puedo anticipar á usted acerca de este punto, es que el blanco será uno de los colores que gocen de mayor predilección entre las señoras elegantes.

Pensamiento de Sevilla.—Queda hecha la suscripción de su prima.—Contestar á sus preguntas, lejos de molestarme como usted supone, me ha proporcionado grato placer.

Mirvir.—Puede usted hacer las tiras de malla para la colcha como indica, que es en la forma que resultan mejor.—Emplee usted para el perfumador una mezcla de polvos de lirio de Florencia y polvos de heliotropo blanco.—No tema usted nunca molestarme con sus cartas.

P. L. B.—En el figurín que regalamos con este número encontrará usted un bonito modelo de traje de baile para señorita. La forma, los adornos y el color son de irreprochable elegancia.—Aconsejo a usted una salida de baile de brocado marfil, forrada de seda oro viejo y adornada con aplicaciones de pasamanería y tiras de pluma blanca.

D. R. Bélmez.—Guantes de cabritilla.—Cualquiera de los figurines que aparecen en este número puede servir a usted de modelo para el traje que me indica.

Perla de Alemania.—Tengo el gusto de conocer a usted lo bastante para no creer que ha escrito usted con segunda intención uno de los párrafos de su carta; pero mis deseos son siempre complacer a una suscritora tan buena y amable como usted, y para conseguir este fin no he de perdonar medio alguno. Ruego a usted, si le es fácil, que me remita por segunda vez el dibujo a que alude. No encuentro el primero que me envió usted, y sin duda debe estar confundido con otros papeles.—Continúe usted usando el mismo pseudónimo: es muy bonito, y bajo él la reconozco a usted en seguida.

Sultana.—Siento mucho las causas que me han privado durante tanto tiempo del gusto de recibir sus muy agradables cartas.—He consultado a Salvi acerca del dibujo que usted necesita, y transmito a usted su contestación: el precio de un dibujo de aplicación y *soutache* de dos cuartas de largo por 20 centímetros de ancho, es 3,50 pesetas.—Encuentro muy acertada la combinación de colores que me indica.—Las chaquetas de paño ligero se usan como abrigos de entretiempo, tanto para señoras como para señoritas.—Las tocas de terciopelo con diadema de azabache siguen muy de moda.—Puede usted teñir la tela cuya muestra me remite, de un tono verde oscuro ó color pensamiento.

L. V.—Tenemos anotado el nombre que nos ha pedido usted hace tiempo, y se publicará lo antes que sea posible.

J. V. Peralta.—En la Administración me dicen que si no recibió usted el regalo del año pasado, fué porque, cuando hizo usted la suscripción, se había agotado la oleografía.—La novela *Lavinia* no se ha publicado en tomo.

Piri.—En la hoja de patrones del núm. 60 de nuestro periódico se publicó el nombre de *Josefa* para bordar en sábanas.—Tomo nota del nombre de *Amalia*.

Wergiss-mein-nich.—Da usted pruebas de infinita bondad al mostrarse agradecida a un servicio tan insignificante, y estoy por demás recompensada con haber logrado proporcionarle algunos ratitos de distracción. Tendré en cuenta sus galantes ofrecimientos,

y si el caso se presenta, no dejaré de utilizar su pretendida inutilidad.

Dos hermanas.—No recuerdo haber recibido la carta a que hace usted alusión.—El bordado de un juego de cama de lujo suele costar unas 50 pesetas.—Gracias por sus entusiastas elogios, que me prueban su sincera amistad.

Jazmín del Cabo.—Arregle usted el traje en la forma siguiente: chaqueta entallada formando largas aldetas, adornadas con menudos botoncitos. Los delanteros, cerrados por doble fila de botones, se abren en la parte alta sobre una camiseta fruncida de *surah* del mismo color. Falda amazona, formando dobles palas en la parte de detrás. He transmitido a Salvi su pregunta. Regularmente ya estará en su poder el patrón de chaqueta.—No encontrará usted seguramente las tiras bordadas que desea, y mandándolas hacer resultarán muy caras. Según mi parecer, puede usted sustituirlas por anchas cintas de seda brochada.—Puede usted estar tranquila sobre este punto: tengo formada de usted la opinión que se merece.

A. V.—Puede usted enviarnos el importe de los patrones, certificando la carta.—No tenemos el catálogo que usted necesita.

Calistrac.—La oleografía a que usted alude se repartió el año anterior a las suscriptoras directas por un año. Este año no se ha regalado ninguna oleografía. De modo que, sintiéndolo mucho, no puedo complacer a usted.

Heliotropo blanco.—No olvidaré su encarguito. Tengo verdadero placer en contar a usted en el número de mis amigos.

R. M. Pacheco.—No contesto a usted bajo el pseudónimo que me indica, por estar ya anotado en el libro y corresponder a otra señora suscritora.—El precio de un dibujo sencillo del nombre de *Juana* para sábanas y almohadas, es 5 pesetas. El nombre de *Cirila* como usted desea, 6 pesetas.—Cortinas de yute ó brocatel del color de la sillaría. Tapete de paño, adornado con bordados de aplicación.

L. de los A.—No acepto en modo alguno el pseudónimo que usted indica, porque, en mi opinión, se calumnia usted al adoptarlo. Elija usted otro más adecuado a las cualidades que adornan a usted.—Quedo enterada de lo demás y agradecida a sus bondades.

LA SECRETARIA.

RECETAS DE LA MUJER CASERA

Para limpiar las vinagreras ó cualquier otro recipiente de cristal que haya contenido ac-

te.—Se echa en ellas todavía caliente, y procurando que conserve humedad, el poso del café, se añaden algunos pedacitos de carbonato de potasa, y se agitan bastante estos ingredientes. Después se enjuagan las vinagreras ó frascos con dos ó tres aguas, y quedan como nuevos.

ADVERTENCIA

Las señoras suscriptoras que cambien de domicilio se servirán avisar a nuestra Administración. Claudio Coello, 13; único medio de que reciban el periódico sin retraso alguno.

MEMENTO

LA EVIDENCIA.—Cuando se ha visto una sola vez la acción maravillosa de la *Crème Simon* para hacer desaparecer las grietas, barro, sabañones, se comprende que no haya cold-cream más eficaz para la conservación del cutis. Los polvos de arroz y el *Jabón Simon* completan estos felices resultados. Evitar las falsificaciones extranjeras, exigiendo la firma *Simon*, rue de Provence, 36, París.

POLVOS DE STEDMAN PARA LA DENTICIÓN.—Insertamos a continuación el testimonio que la señora Hughes ha dirigido al doctor Stedman:

«Colegio Rossall, Ponton-le-Fylde.

«Lancashire 20 de Julio de 1889.

«Muy señor mío: Hace dos años que uso con regularidad los Polvos de dentición de usted, y siempre con buen éxito. Me faltan palabras para expresar suficientemente la confianza que tengo en ellos, y dar una idea aproximada de su valor y utilidad para mí y otras muchas madres, a quienes los tengo recomendados.

«Su afectísima y segura servidora q. b. s. m., I. H. HUGHES.—Al señor doctor Stedman, Londres.»

LA ROSA DE ORO.—Preciados, 64, Madrid.—Novedades en toda clase de sombreros para señoras y niños. Corte, prueba y confección de trajes y abrigos. Especialidad en flores, plumas, broches y armaduras. Se venden patrones.

La Última Moda. Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas.—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro.—Filipinas: 6 p. f.—Portugal: seis meses, 1,600 reis. Un año, 3,000.

Son Agentes exclusivos de LA ÚLTIMA MODA: en Cuba, D. Juan Juli, Habana; en México, los señores J. Ballester y Compañía; en Buenos Aires, don Marcelino Bordoy; en la República del Uruguay, D. Francisco Arroyo, y en Portugal, Midões y C.^a

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

T. JONES
23, Boul^d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante
de Perfumería Inglesa
EXTRA-FINA

Especialidades
DE
T. JONES
Sin igual para suavizar el cutis.
La Juvenile
Polvos de arroz sin ninguna mezcla química.
Lily Wash
Para embellecer el cutis y blanquear la garganta y los hombros.
Iatif Cream
Superior a todos los Cold Cream conocidos.
Agua de Tocador Jones
Tónica y refrigerante.
Elixir y Pasta Samohiti
Dentífrica, antiséptica, blanquea los dientes, impide la carie y el tártaro.

T. JONES
23, Boul^d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante
de Perfumería Inglesa
EXTRA-FINA

Extractos compuestos
IMPERIAL RUSSE
ESS BOUQUET
VICTORIA
CAPRICE
CHYPRE
NUQUET
PARADIS
W. Heliotropo
etc.

SOMETHING NEW
NEW MOWN HAY
STEPHANOTIS
OPOPONAX
VIOLETS
AIDA
W. ROSE
JUBILEE
etc.

• Estos productos se encuentran en todas las buenas Perfumerías de España y América.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por CH. FAY, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

PILDORAS DE BLANCARD

CON Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Farmulario oficial francés y autorizadas por el Consejo médico de San Petersburgo.

PARIS
1853

Participando de las propiedades del Iodo y del Hierro, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el germen escrofuloso (tumores, obstrucciones y humores fríos, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la Clorosis (colores pálidos), Leucorrea (flores blancas), la Amenorrea (menstruación nula ó difícil), la Tisis.

En fin, ofrecen a los prácticos un agente terapéutico de los mas energicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B.—El Ioduro de Hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel e irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas Píldoras de Blancard, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la Unión de Fabricantes.

Farmacéutico de París, calle Bonaparte, 40
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

JOHN PANTAENIUS DE HAMBURGO
Ofrece bajo garantía de corte y géneros inmejorables
EQUIPOS PARA NOVIAS Y NIÑOS
DESDE LOS MAS SENCILLOS HASTA LOS MAS ELEGANTES
Agente de publicidad de «La Última Moda» en Alemania: H. Elster.—Hamburgo.

PERFUMERIA DE CANDOR

De M. Félix Manent, químico
PARIS

Polvos de Candor (Blanco, Rosa y Rachel). Precio en Madrid, en nuestra Administración: 4 pesetas caja.
Pomada de Candor: en Madrid, 10 pesetas el bote.
Agua dentífrica de Candor. El frasco pequeño, 2,50 pesetas en Madrid. El frasco grande: 4 pesetas.
Agua de Lavanda de Candor. El frasco: 2,50 pesetas en Madrid.
Agua de ron y quina, para fortalecer el cabello. El frasco: 3 pesetas en Madrid.
Jabón de Candor. La pastilla, 1 peseta en Madrid.
Extractos concentrados. El frasquito encajado en una elegante caja: 2,50 pesetas en Madrid.
La Administración de LA ÚLTIMA MODA se encarga de remitir a sus suscriptoras de provincias los anteriores productos, corriendo a cuenta de las mismas los gastos de porte, y 0,25 pesetas por cada pedido, por gastos de embalaje.

COLECCIÓN JUBERA

Recuerdos de un hombre de letras
POR ALFONSO DAUDET

Edición de gran lujo profusamente ilustrada. Precio en Madrid, 3,50 pesetas.

LA COCINA MODERNA PERFECCIONADA
Tratado completo de cocina, pastelería, repostería y botillería.
UNDECIMA EDICION
Precio en Madrid: 3 pesetas.—En provincias, franco de porte y certificado, 3,75 pesetas.—Diríjanse los pedidos a la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

HORQUILLAS INGLESAS PARA EL RIZADO Y ONDULADO DEL CABELLO.—Aparatos sumamente delgados que, sin necesidad de calentarlos, rizan el cabello en breve tiempo.—*Horquilla Mignon*. La caja con cuatro horquillas: 1,50 pesetas en Madrid, 2,50 en provincias.—*Horquilla Patti*. La caja con cuatro horquillas, 2 y 3 pesetas.—*Horquilla princesa de Gales*.—La caja, 3 y 4 pesetas.—*Onduladora Margarita*. La caja, 2 y 3 pesetas.—*Horquilla Angélica*, 2 y 3 pesetas.—Diríjanse los pedidos a la Administración de LA ÚLTIMA MODA.